

DOMINGO I DE CUARESMA (B)
Homilía del P. Ignasi M. Fossas, prior de Montserrat
18 de febrero de 2018
Gén 9, 8-15; Sl 24, 4-9 (R.: cf. 10) 1 Pe 3, 18-22; Mc 1, 12-15

Queridos hermanos y hermanas:

Volvemos a empezar el ciclo anual de la cuaresma, de estos cuarenta días de preparación para la Pascua. Para unos será preparación para el bautismo y para los otros sacramentos de la iniciación cristiana. Para otros, será un tiempo de renovación y de conversión, también, para poder hacer memoria agradecida del bautismo que ya recibimos hace tiempo.

En el primer domingo de cuaresma se lee el episodio de las tentaciones de Jesús, según los diferentes evangelistas. Este año le corresponde a San Marcos, que con la sobriedad que le es propia nos ha ofrecido los rasgos más importantes. En primer lugar *el Espíritu empujó a Jesús*, es decir todo pasa en el marco del plan de salvación de Dios, nada es casual. Jesús es empujado por el Espíritu *al desierto*, que es el lugar de combate por excelencia, y también es el lugar privilegiado de la revelación de Dios y del diálogo con Él. Pasó cuarenta días; y aquí el número cuarenta ya adivinamos que es simbólico, porque coincide con los cuarenta días del diluvio y con los cuarenta años del Éxodo. Es una generación, una vida entera. Y allí fue *tentado por Satanás*. Jesús no fue de excursión al desierto, ni fue a hacer "una experiencia", como quien colecciona vivencias singulares para poner un toque interesante a la propia vida. No. Dios mismo empujó a Jesús al desierto porque su encarnación implicaba la lucha con el Maligno, implicaba tener que afrontar la tentación, que es una realidad común a todo ser humano. San Marcos no da detalles sobre las tentaciones que tuvo que afrontar Jesús, como sí hacen san Mateo y san Lucas, sino que termina el episodio con una frase que nos remite al salmo 90. Hemos oído en el evangelio que, durante estos cuarenta días en el desierto, Jesús vivía entre alimañas y los ángeles le servían. Y, en efecto, el salmo 90 es el cántico de un hijo de Israel que ha pasado por todos los peligros de la vida con plena confianza en la ayuda del Señor. Dice el salmo, por ejemplo: *No se acercará la desgracia, ni la plaga llegará hasta tu tienda, porque a sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos*.

La vida cristiana, hermanas y hermanos, es un don de Dios, es un regalo que hemos recibido gratuitamente y no hemos hecho nada para merecerlo. Pero vivir como discípulos de Jesucristo pide, por nuestra parte, la disposición al combate contra el Maligno, es decir contra el misterio del mal que hay en nuestro corazón, antes que nada, y que podemos encontrar también fuera de nosotros. No nos hagamos ilusiones: cuando alguien se decide firmemente a seguir a Jesús, deberá afrontar múltiples tentaciones, no le será fácil ni recibirá aplausos generalizados.

La Iglesia subraya esta dimensión de lucha y de combate que forma parte de la vida cristiana, no para asustarnos, ni por una visión tétrica o pesimista de la humanidad. Al contrario. Lo hace por realismo y para subrayar, al mismo tiempo, otra verdad mucho más importante, y es que para hacer frente a este combate tenemos un aliado que nunca falla: Dios mismo, que en Jesucristo ha venido a salvarnos. En la primera lectura hemos oído la formulación solemne de la alianza de Dios con la humanidad, que va acompañada de un signo: su arco (arco iris) en las nubes. Este, sin embargo, era todavía un signo imperfecto. Al llegar la plenitud del tiempo, Dios corroboró su alianza definitivamente y plena a través de la pasión, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Y la selló con el don del Espíritu. Desde entonces, el signo de esta alianza es la cruz gloriosa.

Comenzamos la cuaresma, hermanas y hermanos, convencidos de que, por el bautismo y la confirmación fuimos constituidos hijos de la Alianza. Nosotros también nos encontraremos, en un momento u otro de la vida, en el desierto, enfrentados con el Maligno. Y hasta podemos pensar que nos ha empujado Dios mismo. No olvidemos, en ese momento, que Él está junto a nosotros, porque *el Señor es bueno y es recto, y enseña el camino a los pecadores; hace caminar a los humildes con rectitud, enseña su camino a los humildes*. Jesucristo ha vivido este combate antes que nosotros y ha vencido definitivamente. Dejémonos llenar por su Espíritu Santo, dejemos que el Espíritu nos dé la fuerza para vencer las tentaciones y ponga en nuestros labios las palabras adecuadas para echar a Satanás, el mentiroso.

Pongamos todo nuestro corazón en manos de Jesucristo. Que él mismo sea nuestro alimento a través del pan de la eucaristía y del pan de la Palabra. Y adentrémonos con fe, esperanza y amor por el camino de la vida y por el camino de la cuaresma. Jesucristo ya ha vencido y vive para siempre, y nos repite a nosotros: *Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio.*